Fuego por fuego

CAROLE ZALBERG

armaenia

narrativa

FUEGO POR FUEGO

CAROLE ZALBERG

Traducción de Antonio Roales Ruiz

armænia

Título original: Feu pour feu

Edición original: Editions Actes Sud, Arles, © ACTES SUD, 2014
Enero 2020

Primera edición ebook: agosto 2021

Ilustración de cubierta: © Aris Messinis, 2016
Ilustración de solapa: Carole Zalberg (D.R.)

Copyright © Carole Zalberg, 2014

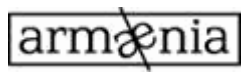
Copyright de la traducción © Antonio Roales Ruiz, 2016

Copyright de la edición en español © Armaenia Editorial, S.L., 2020, 2021
Armaenia Editorial, S.L.

www.armaeniaeditorial.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-18994-21-0



A Solal, Anton e Ilan,
mi país, mi viaje y mi fe

Esas horas haciendo de cadáver en medio de cadáveres, tanto tiempo que el hedor aún permanece en mi garganta y sigue corrompiendo, quince años después, el aire más puro y el sabor de todas las cosas; esas horas lentas, lentas, tan lentas, quieto como un tronco, pese al hormigueo de miles de bichos, en una postura imposible, con las piernas plegadas en exceso y la cabeza en ángulo recto apoyada sobre un miembro extraño, frío ya en un calor ígneo, esas horas en las que aguantar hasta lo más profundo de la noche, y, por fin, sus pasos, sus voces de rapaces ahítas que se alejan, entre el clamor triunfal de los motores de sus vehículos, que se despiertan al unísono, rebaño de mal agüero que eructa una amenaza final y da vueltas una última vez en torno a la fosa antes de ir a matar más lejos; todo ese tiempo y ese miedo aún mayor que el dolor de arriesgarme a salir del amasijo de cuerpos y encontrar entre ellos el de tu madre, tu silencio enloquecedor bajo su vientre muerto, y justo cuando te saco, cuando tu piel recobra la sensación de vacío, ese grito tuyo, el amargo milagro de nuestra supervivencia y el larguísimo camino hasta ese país en el que puedes quedarte dormida cada noche sin nada que temer; ¿y a ti solo se te ocurre eso?

No sabes.

O solo en el secreto de tu cuerpo minúsculo de hace quince años, pegado al mío cuando después corro y camino y a veces me arrastro con los ojos clavados en el horizonte. El nacimiento del día nos devolverá a la espera, nos obligará al descanso.

Avanzo, pues, hasta la extenuación, sin sentir las heridas de mis pies descalzos o de cualquier otra parte del cuerpo donde ramas, zarzas y piedras han mordido mi carne. Tengo dos corazones funcionando. Cuando el mío flaquea, el tuyo, ese pequeño aleteo de polluelo a mi espalda, lo reanima —he anudado un paño como lo hacía tu madre y te he atado a mí, piel a piel—. Pegado a tu torso soy tu mundo suave y ya no gritas. Mi corazón de hombre obedece a tu corazón de niña.

Así seguíamos llamándote cuando llegaron los asesinos: «la niña». Aguardábamos que un nombre te eligiera. Serían necesarias, creíamos, algunas noches de sueños y la visita de nuestros fantasmas. Será nuestra pesadilla la que finalmente te bautice. Eres niña, pero te llamarás Adama. Tampoco sabes otra cosa, que aquel día de muertos y

de destrucción naciste por segunda vez de la tierra roja que te arrebató a los verdugos.

En la celda donde duermes —aunque seguro que no duermes— no hay tierra en la que esconder tus remordimientos. ¡Dime, te lo ruego, que tienes remordimientos! Dime que no arropé a una niña sin conciencia o solamente a un ser malvado. / la Cindy me calentó mucho las pelotas. Bueno a mí no, a ZorA, pero es igual, si buscas a ZorA o a NabilA aquí estoy yo, AdamA, aquí estamos nosotras, las PrincesA, nos llamamos así porque nuestros nombres acaban por a y los escribimos con A mayúscula, como Amor, Alucino y Ándate con ojo si te pasas de listo con nosotras. /

Sigo sin ser capaz de decir si tu hermano era malvado —sí, tuviste un hermano, pero ¿por qué debería haberte hablado de él?— o si simplemente quiso estar del lado de la fuerza, de la hordas salvajes.

Porque probablemente así los veía él, con sus ojos jóvenes cansados del desprecio, cansados del temor que se olvida unas horas, porque en el trabajo, con la repetición de gestos, con la agitación, el temor se olvida; y, de repente, una ola nos invadía y nos obligaba a todos a escondernos.

Durante mucho tiempo lo único que hicieron fue abatirse sobre el pueblo a toda velocidad, haciendo tanto ruido ellos solos como un sinfín de bestias devastadoras. Paraban en seco donde estaban los ancianos y antes incluso de que el polvo se posara, les exigían, encañonándolos, el fruto de sus cosechas, y se llevaban, entre risas, a una o dos niñas.

Tu hermano, aterrorizado como todos nosotros, debió de envidiar su poder. El día que desapareció, con doce años, supe que, como otros antes que él, se había unido a ellos.

Tu madre no quería hacerse a la idea. Imaginarlo allí, creyéndose un guerrero, cuando no era más que un juguete, carne fresca y palpitante, fácil de moldear para la ferocidad, fue lo que mató a mi Ezokia mucho antes incluso que los disparos, los tiros a ciegas, todo ese furor del que no puedes acordarte. ¿Pero por qué tendría que habértelo contado? Tal vez sea la cólera de tu hermano la que ha vuelto a través de ti.

Con las primeras luces de la primera mañana, encuentro un hueco en la roca y allí nos metemos para dormir y aguardar hasta la noche siguiente.

No hemos comido ni bebido nada, pero no lloras. Cuando desato el paño y te cojo por el hombro para tenderte, tu boca permanece

agarrada a mi espalda y tengo que tirar con algo de fuerza y sequedad para separarnos. Se diría que he cortado algo vivo o que he estrangulado el tubo del que obtenías el aire. Chillas, pataleas, te ahogas, como un gusanillo. Al principio, me pongo muy nervioso, chillo y pataleo yo también, como hombre ignorante que soy, que nunca ha tenido que ocuparse de un recién nacido, pero luego ya lo entiendo. Te acomodo en el hueco de mi axila, te tapo suavemente. Soy tu mundo y mientras tu piel lo percibe, mientras me respiras, me tragas casi, no sabes que tienes hambre y sed.

Durante todo el tiempo de la huida y aquí en este país algunos años más, aunque ya nunca tienes que acostarte con el estómago vacío, ni yo que hacer de barrera entre tú y los ruidos y los movimientos de una nueva masacre (porque el horror no es la muerte, sino la percepción de su llegada), solo te dormirás así: con la cabeza recostada bajo mi brazo.

En ese hueco debes de creer que es de noche: no te despertarás antes del anochecer, pero entonces estás hambrienta.

Para mí, cada segundo de ese primer día es un vals interminable con la desolación. Por momentos caigo en el sueño del que también forma parte el dolor del duelo, más grande aún porque ese dolor encierra todos los elementos de las pesadillas que me acechan. Aspiro, veo, oigo, me bebo el sufrimiento y son mis propios sollozos, las sacudidas de la náusea, lo que me despierta. Y así una y otra vez hasta que cae la noche mientras tú no te mueves. No tengo hambre ni sed en realidad. Me convierto en piedra dentro del vientre de piedra en el que sobrevivimos.

Cuando vuelve la oscuridad, te aparto de mí con la mayor delicadeza de la que soy capaz. Pero ni la dulzura de mil madres podrían impedir tu grito, porque de nuevo el mundo se apodera de ti.

Tu hambre es imperiosa. Retuerces la boca desesperadamente, frotas la cabeza, que no es más grande que mi puño, contra mi torso, chocas contra él como si fuese una pared, y entonces ya no quiero ser piedra.

Vuelvo a colocarte sobre mi espalda, respiro mejor al sentir que te calmas, y nos arrojo a la noche. A lo lejos adivino las luces de un pueblecito que ya he cruzado muchas veces para ir a la ciudad. Allí me las arreglaré para que alguna mujer te amamante.

Y siempre encuentro: escondrijos, algo para que comas tú y luego yo, cuando sé que estás a salvo. Por los grupos de niños localizo a las madres que dan de mamar, espero la ocasión de acercarme a ellas sin llamar la atención, aplaco con un gesto y algunas palabras roncas —tengo la garganta rota de hollín, silencio y duelo— su sorpresa, su desconfianza, y las convenzo para que te den de beber.

Ninguna se niega: te ven sobre mi espalda, como un cangrejito que

languidece pegado a su roca. Algunas añaden un poco de lo poco que tienen para que también yo beba y coma, y de ese modo mis piernas nos lleven lejos.

Y así se repite un día tras otro, o más bien las noches, porque nuestra vida transcurre al revés, avanzando del crepúsculo al alba. Creo que vamos en sentido contrario a los asesinos, pero no quiero volver a correr el riesgo de la luz y exponernos. ¿Seré capaz alguna vez? Llevo con nosotros a los que te han convertido en medio huérfana y a mí en viudo del todo, a aquellos que de nuestro pueblo no han dejado más que cenizas y carne sin vida, pudriéndose.

Siempre que se produce el menor ruido mientras aguardamos la oscuridad en los bosques, entre rocas, en el fondo de las cabañas en las que las mujeres más hospitalarias, tal vez las más abandonadas, nos proporcionan un lecho, nos lavan, me masajean los pies destrozados y cantan junto a mi hombro, en el que siempre descansa tu cabeza, creo que nos han encontrado.

Sin embargo, sé que no nos buscan. No somos nada para ellos, ni siquiera enemigos, maleza que quemar para despejar el camino, grano que moler, que machacar, porque pueden y porque realmente, ante sus ojos, no valemos nada. Oigo un ruido y es tu hermano que se acerca, que nos descubre, que nos remata. No puedo volver a detenerme, porque ¿sabes, Adama?, es de mí de quien se burlan los verdugos, pero ¿por qué tendría que haberte contado esta locura?

Llega el momento de tentar el día. Quiero llegar a la costa desde la que dicen que es posible pasar al Continente Blanco.

En el pueblo, algunos recibían con cuentagotas noticias y dinero de un hijo o de un hermano, más raramente de una pareja o de una familia entera que lo habían logrado. Otros, tras meses de silencio, terminaban por enterarse del fracaso de uno de los suyos, su desaparición apenas notada en el fondo del océano o más anónima aún entre las decenas de personas locas de esperanza que habían querido saltar la alta valla que marca —como si el mar y la miseria no bastaran— la frontera entre nuestra tierra y el lugar de promisión. Tan pocos lo conseguían que era también una forma bravucona de suicidio. ¿No me queréis en vuestra casa? Ahí tenéis mi cadáver o mi libertad, que es como decir mi vida. ¡Miradme!

Yo no era como ellos. Antes de la masacre, nunca se me había pasado por la cabeza marcharme. Conocía lo otro por la televisión que algunos en el pueblo poseían. Lo que allí llamaban riqueza no me atraía. Comíamos casi siempre hasta saciar nuestra hambre, reíamos, bailábamos, cantábamos sin parar, nunca estábamos solos, salvo que lo deseáramos, cuando era hora de rezar o de algunas decisiones que solo pueden tomarse frente a uno mismo.

Me gustaba que nuestros hijos crecieran todos juntos, que en pandilla, unos a pie, otros en sus motocicletas recompuestas con piezas de desguace, fuesen levantando polvo sin tener que preocuparnos en exceso. Me gustaba que los jóvenes hablasen a los viejos con deferencia, pero también con orgullo, conscientes de su vitalidad y, sin asustarse, de lo que muy pronto esperaríamos de ellos: estar al cargo, tomar el relevo cuando nosotros estuviéramos desgastados.

Aquí la pandilla es una amenaza y dejaros un poco libres equivale a abandonaros. ¡Acepté que el mundo se colara entre tú y yo y mira, Adama mía, mira adónde te ha llevado el mundo! ¡Mira adónde te ha arrojado! Aquí, a los viejos nos escupís, os resultamos más extraños que cualquier adolescente que enarbole vuestras señas de identidad, que repita, como un imbécil, las pobres palabras que os sirven de refugio, ese alambre de espino vuestro en el que nos desollamos.

Y ¿cómo podríais respetarnos? A nosotros que os mantenemos, a nuestro pesar, entre torres grises y deterioradas, a nosotros que hemos creído que es posible educar a un hijo sin mostrarle nunca el horizonte. / y la Cindy se pasó de lista; quería quitarle el churri a ZorA. Estaba claro que se lo quería quitar. Para empezar no habla igual cuando él… No hablaba igual, y ya no hablará más, joder… cuando veía que el Kev estaba allí con esa pinta de pijo encantado de conocerse, no sé qué coño le ve Zo, pero vale, esas cosas no se pueden explicar y yo paso de criticarlo, cierro el pico y cuando veo que la Cindy empieza a hacerse la gatita en cuanto el tío se presenta, se ríe como una tonta, se toca el pelo de rubia de bote, que se le ve en las raíces, vaya una horterada, y saca culito, entonces a unos les apetece meterle mano y a otros un patadón, yo prefiero el patadón. /

La vida que no tuviste tiempo de conocer, mi primera y única vida de verdad, no tenía la opulencia con la que soñáis, pero en nuestro país, en ese trocito nuestro de Tierra Negra sobre la que nunca se abatió la hambruna, teníamos lo esencial antes de que las hordas de supuestos rebeldes comenzasen sus estragos.

Nunca he olvidado que estamos aquí no para ser felices, sino porque allí simple y llanamente no habríamos vivido.

Tú, a quien nunca he explicado que el día a día mediocre, contando cada céntimo, el piso con paredes de papel por las que se cuelan los humores vecinos, donde nos cruzamos casi sin hablarnos, y las zonas de hierba rala entre hormigón, donde se suponía que jugabais, son también nuestra salvación; tú que aquí te asfixias como en un monstruoso potro de sujeción, ¿cómo no ibas a ponerte a dar

coces? Yo no quería que compartieras mi dolor. Yo quería que, para ti al menos, todo comenzara aquí.

La primera vez que caminamos a la luz del día estoy aterrado. Me pongo a hablarte sin parar. Intento tranquilizarte, que mi voz te mantenga dormida o en calma, pero soy yo quien tiene que recordarse a sí mismo una y otra vez por qué estamos allí, achicharrándonos y alejándonos del único lugar del mundo en el que estoy en mi casa.

Allí nací, allí crecí sin conflictos, en una concatenación vital que puedo calificar de feliz ahora que sé que nunca jamás volverá. De allí salí, siendo niño, para ir al dispensario o para visitar a unos primos que vivían en la ciudad, más tarde para cursar estudios que sobre todo me condujeron a tu madre, y regresé a mi casa para casarme con ella.

Nosotros sí que tomamos aquel relevo que nos daban mis padres. Una escuela, cada vez mejores cultivos, estábamos preñados de mil proyectos. Muy pronto nació tu hermano, luego tres más, que murieron nada más salir del vientre. Creíamos que era una maldición, pero ¿por culpa de qué? ¿El orgullo? La arrogancia que la felicidad fácil proporciona: un mango jugoso arrancado del árbol y devorado sin extasiarse por su sabor, sin dar las gracias a la suerte benefactora, sin hablar de los dioses —a los que olvidamos aun cuando nos creemos elegidos—.

Al menos, Jep crecía fuerte y sano, parecía encargarse de vivir por aquellas pequeñas almas que el mundo no había querido. Tenía la tozudez y el apetito de cuatro, se dormía como bebe el sediento, y se despertaba de los primeros, rápidamente se ponía en pie, deseando afrontar el día. Estábamos felices, aunque casi tímidos a su lado por lo mucho que imponían su vigor y su hambre.

En la escuela, al principio lo bendecían por su vivacidad. Luego se desencantaron. Incomodaba. Decían que era brillante, pero le gustaba razonar y los flojos y los lentos lo irritaban pronto. Se mostraba furioso, incluso, contra quien lo frenaba. Probablemente vio en aquella jauría armada hasta los dientes y subida en máquinas rápidas y atronadoras para ejercer el terror la encarnación de su impaciencia. Tanto ellos como él querían comerse el mundo.

Tuvimos que estar ciegos o demasiado ocupados dándole amor a nuestra única criatura, nuestro deslumbrante hijo, para no haber anticipado que se marcharía y que lo repudiaríamos.

Durante mucho tiempo nos sentimos devastados y avergonzados. Con la boca amarga de ira contra Dios sabía quién, y ya no podíamos

hablarnos. Pero allí estaban los cuerpos, la noche, nuestros cuerpos heridos, y nos llegaste tú.

Adama, desconozco las razones de tu crimen. Sí, no hay más remedio, aunque me den ganas de azotarte y también de consolarte, pequeña mía, la última en nacer, por la paz que ya nunca será posible, no hay más remedio que hablar de crimen.

El fuego se propagó desde los buzones y se sabe, Dios santo, que por alguna oscura razón, vosotras lo prendisteis, tú y tu pandilla, que para mí aún no habéis dejado de ser niñas.

Los oigo, abajo, llenos de espanto por las decenas de muertos y entre ellos, ¿te das cuenta?, niños pequeños, un bebé incluso, creo. Aún no han estallado, no reclaman justicia ni gritan venganza nuestros vecinos, nuestros compañeros de aquí. Se mantienen unidos, se lamentan en coro y de momento eso les basta. Conozco ese estupor previo a la revelación. Y después, el desgarro en sí, que querrán recomponer mediante el señalamiento catártico de los culpables, por la legitimidad de una ira colectiva en nombre de las víctimas. Pero de momento solo están aturdidos. Puedo dar fe.

Desconozco si te viste arrastrada por la locura del grupo, tal vez incluso por una simple y fatídica inconsecuencia —erais tres y a todas os he visto crecer, escogeros, poneros a prueba de edad en edad, estar pegadas, pasear vuestro aburrimiento bajo las torres cuando ya no supisteis inventar mundos—, o si, por el contrario, la atizaste hasta el fuego fatídico. Hoy te conozco tan poco. / cuando veo eso y las miraditas que le echa al Kev y él que no para de babear como un salido, con ZorA debajo del brazo, y ZorA que no se cosca de un pijo, por lo menos no de su Kevin que está más caliente que una plancha, porque el capullo le tiene la cabeza pillada debajo del sobaco, mientras él aprovecha para mirar y ponerse las botas, y yo que me cosco de todo: ZorA que va de chica love, el otro que no para de fijarse en lo que no debe, las gilipolleces de la Cindy y del traidor del Kevin, y NabilA que les metería una hostia al pijo y a la rubia de bote si no fuera porque tiene miedo de hacerle daño a Zo, y eso es sagrado, si entre PrincesA no nos respetamos, ¿quién lo va a hacer?, ¿eh?, ¿quién? /

Lo que sé es que, hora tras hora, hace quince años, kilómetro a kilómetro, nos voy arrebatando al drama, al miedo, y de nosotros dos tú eres la que más aguanta, la más concentrada en la necesidad de huir.

Tú, minúscula, no te permites ningún enfado ni nada que pudiera frenarnos. Tu aparente abnegación termina por hacerse costumbre. Incluso aquí, incluso cuando en los primeros tiempos te dejaba al cuidado de vecinos todavía casi desconocidos y escasamente amables para ir a trabajar, incluso cuando, en esa edad en que deberías haber

estado saltando y riendo, te exigía silencio dentro de nuestras paredes porque tenía que descansar un poco del ruido de los días que pasaba rompiendo clavando lijando moviendo tirando, o limpiando por la noche en el laberinto de oficinas desiertas, a dos horas de distancia del lugar donde vivimos.

A medida que huimos, ofrezco mis servicios a quienes nos vamos encontrando o cuando hacemos un alto. Encontrar dónde y a quién dejarte nunca resulta difícil. Entre dos viejas en un mercado, a la espalda de muchachas que llevan como un rebaño una estela de niños, en el umbral de una cabaña o a la sombra de un árbol donde dormita un anciano; te callas y me esperas, me dicen cuando te recojo.

Es a la vez un tormento y una incitación. Vete, pareces decir, poniéndote en pausa de ese mundo del que he desaparecido, vete y no temas nada porque me eclipsaré, me haré más invisible que un pensamiento.

Me voy, pues, como un cazador furtivo entre otros cientos, en busca de una presa escasa, la suerte de un trabajo precario. Un camión nos recoge y nos lleva unas decenas de kilómetros, y allí voy yo, enrolado al mismo tiempo que otros errantes a una obra en la que se construye una mansión suntuosa, tentacular, absurda, en mitad de la árida nada. Y así nos afanamos, apretando los dientes, recelosos y atormentados.

Víctimas y verdugos se codean probablemente en este universo que la urgencia de huir enturbia, sea cual sea el motivo. Uno siente esa confusión, la imposibilidad de fiarse. Se sabe que algunos ya han tenido diez vidas, a veces cazadores, a veces cazados, pero siempre listos para encarnar, en un instante, a quien los salve. Esos hombres, la mayoría con los que nos cruzamos, ya no saben quiénes son. Esa también es la razón por la que se callan. No es solo porque tienen miedo o porque están tan concentrados en su proyecto de exilio que están como calcificados. Las palabras de los mercenarios de la huida son una farsa: son palabras vacías, solo valen para satisfacer necesidades o para embaucar.

En este camino, las mujeres son diferentes. A menudo desesperadas. Hay que estarlo para abandonar incluso lo poco que se tiene y padecer lo que padecimos, mi ángel, corazón mío.

Pero también son fuertes esas madres, esas hijas, esas hermanas, esas esposas. Desesperadas y fuertes. Son ellas las que portan la antorcha: el reto de un hijo en el vientre o los que allí crecerán como gritos de rabia frente al calvario de las marchas interminables, de los

escondrijos inmundos, de las mil pruebas impuestas por la suerte o de los dioses inútiles; los que llevan con ellas, más o menos valerosos, heridos, hambrientos, valientes y estremecidos, ¡pero allí! ¡Pero vivos! Como tú, Adama mía, mi corazón de repuesto, que por lejos que esté complementa el mío, es el ritmo y el canto de mi esfuerzo. / sí, me calentó mucho las pelotas. Pero paso, la rubia de bote me importa una polla, no habría habido guerra y yo no estaría aquí si no los hubiéramos pillado a los dos comiéndose el morro enrollados como cabrones. NabilA me dijo tía los matamos ahora mismo, pero estábamos mazo rayadas y nos daba pena por Zo y miedo de romperle el corazón, porque Zo cree en esas cosas, no sabíamos cómo decirle que su baby love se tiraba a toda la que se le ponía por delante mientras ella iba por ahí hablando del man of my life y nos vamos a largar juntos a Saint-Tropez y tener un montón de hijos superbién vestidos con zapatos y broches a juego con mis bolsos, o sea… Todo el día nos daba la chapa con su love story de película. Así que preferimos pirarnos rápido en plan no hemos visto nada, y fuimos a buscar a Zo. /

Me convertiré sucesivamente en sembrador de campos recalcitrantes, albañil sin formación, peón caminero que se abrasa bajo el sol o que intenta olvidar la lluvia, estibador explotable hasta la extenuación y pescador a mano, con red o con caña cuando por fin lleguemos al mar. Y nos prepararé festines de cabezas de pescado.

Porque los días, las semanas, los meses habrán pasado y, a falta de leche, comerás lo que yo como. ¡No fingirás! Tienes un apetito paciente, que solo se muestra en el momento en que nos doy de comer. Pero entonces es el hambre de un pequeño ogro la que debo saciar. Mi hambre, incluso después de los más duros trabajos y largos ayunos, es irrisoria comparada con tu voracidad. Mi deseo de alimentarme, incluso mal, incluso de aquello que otros no han querido, no es nada frente a tu imperiosa necesidad de llenarte. Comes sin placer pero con una seriedad y obstinación que me divertirían si no fuera por el sobrecogimiento que cada vez me embarga y, en el fondo, me devasta: nuestro periplo te ha convertido en una máquina de vivir.

Una máquina de vivir, Adama, no de matar. No para que quince años más tarde decidieras prender fuego por fuego.

La noche está sucia, a cada inspiración deposita en la lengua, en el paladar e incluso en las entrañas el sabor mismo del terror. Será larga y de aquí al amanecer me preguntaré mil cosas. Pero sé, o más bien quiero creer, que mañana, cuando vaya a visitarte, mi niña, nuevamente frágil en el encierro y la comprensión progresiva —que

gota a gota irá infundiendo tu conciencia hasta la revelación: el horror de tu crimen—, jurarás que jamás, ¡nunca jamás!, pretendiste ese desastre, esos muertos de los que, no puedo engañarte, no te recuperarás. O si te recuperas es que te habrás arrancado lo que en esencia nos hace humanos, ese lugar profundo donde se mezclan alegrías y sufrimientos. Entonces ya no serías Adama, mi hija salvada, bautizada por la tierra y la sangre, y debería, después de todo este tiempo, abandonarte.

Antes prefiero abandonarme a mí mismo. Sin ti, sin el triunfo de tu supervivencia y la preciosa idea de tu futuro, incluso monótono a tu modo de ver (ese fue mi error, no darme cuenta de lo que tus ojos veían: fealdad y aburrimiento), incluso poco glorioso, yo no habría sido nada. Un cuerpo hueco que caerá en el preciso momento de esa constatación. Una piltrafa que acepta el matadero.

Mi vida, desde el día en que todo lo que alguna vez había querido, aparte de ti, quedó destruido, ha sido tu barca. Solo eso. Todo eso. ¿Qué más? ¿Qué otra cosa puede desear un hombre solo y humilde salvo llevar consigo a su hija todos los días?

Y en la patera que nos promete el Continente Blanco, a nosotros y a las decenas de hacinados, eso es exactamente lo que soy. Para ti solo existe mi voz, mis rasgos, los contornos de mi cuerpo curtido por meses de duro trabajo, de marchas, de hambruna. Te aprieto en mis brazos, te hablo, mantengo vivo el vínculo que aún nos une a tu madre, al mundo de antaño.

Será más tarde cuando me callaré, cuando te regalaré, o eso me parecerá, la amnesia a modo de protección. Por ahora, cubro el repugnante ruido del agua, ese ruido que respiramos vemos tragamos contenemos, ese ruido de agua enloquecida que golpea contra el casco y de agua pestilente que salpica bajo nuestros pies, bajo nuestras espaldas cuando nos tumbamos en una maraña; cubro los estertores de los más débiles, de los aterrados, de los violentos que tratan de enfrentarse a quien sea o a lo que sea, que anhelan probablemente espacio y, por tanto, eliminación. Cubro, mientras te hablo, la dualidad —vida/muerte, lugar negro/lugar blanco, ayer/mañana— en la que permanecemos durante días, colgados como carne en un tiempo que no está para ser vivido, sino franqueado, con la respiración reducida a un hilo finísimo, los sueños a raya, el metabolismo en modo de ahorro, y te llevo, mi amor valiente, envuelta en las palabras del país del que tratamos de huir.

Mientras seas ese cuerpecito valeroso, sin más necesidades que las vitales, sin movimientos ni proyectos que no estén ligados a los míos, puedo protegerte. Incluso cuando el mar, oscura fuerza (es de noche)

levanta muros a nuestro alrededor y añade la amenaza del naufragio a nuestros tormentos.

Incluso cuando, al llegar por fin a las proximidades de una isla de nombre coreado antes y durante el viaje, Portadora, Portadora, Portadora —y que ahora corre de boca en boca y se vuelve canto—, nuestra barca sin capitán (o inútil, improvisado a la hora de zarpar, gritón para ocultar su incapacidad de llevarnos) no puede más que zozobrar.

Sí, incluso entonces, puedo lanzarnos a aquella mar brava, —¡sé nadar!—, acercarme en medio de algunos otros a la tierra anhelada, manteniendo tu cabeza de alfiler fuera del agua, puedo tender los brazos a nuestros salvadores y por fin entregarte a alguien. Y verte, como una ranita asombrada, pasar de mano en mano por encima del oleaje hasta la arena seca, donde te esperan otros brazos, que te reciben y acunan olvidando que aquí no te quieren. Gritas que estás viva —¿a mí?, ¿a la noche y al mundo que ya tanto te ha maltratado? — y tu victoria, tu rabia son tan vehementes que la risa estalla a tu alrededor y se propaga a la velocidad del fuego. Me alcanza, me lame, me da calor mientras que ahora yo salgo del agua negra y me reúno contigo. Desconozco de dónde viene esa alegría brevemente compartida, pero es tan sagrada, tan alimenticia como el pan. Es de nuevo un bautismo. Para ti y para mí. En ese momento me convenzo de que el pasado no nos ha seguido. / todavía no habíamos decidido si no soltábamos nada para no hacerle daño a Zo o si le decíamos, porque joder, es nuestra sister en la salud y en la enfermedad, olvídate del gilipollas de tu churri tía; además es que hay otros diez pavos detrás que darían lo que fuera por ella, porque ZorA es supertierna, porque es un cañonazo, pero de los de verdad, no de los que tienen que disfrazarse de putón para que les digan ¡anda mira, si existes, no te había visto! /

Sí, mientras seas ese cuerpecito confiado, puedo protegerte. Incluso cuando nos llevan al centro, a nosotros, los no deseados, los culpables de buscar refugio. Porque me mentía y volvía a mentirte al pretender hace un momento que en esta noche de drama duermes encerrada por primera vez. Te viste detenida, sujeta, trabada entre decenas de otros al principio de tu vida, Adama mía, ¿lo recuerdas?, ese cuerpecito tuyo de entonces forjado ya con tantas incertidumbres, recogido para componer, con lo que te tocaba vivir a pesar o a través de mí, toda tu personalidad atrapada en un núcleo inaccesible a cualquiera que hubiese tratado de adivinarla. Allí estaba, en lo más profundo de ti, aguardando —y eso me arrancaba lágrimas de esperanza— la ocasión de brotar, preservándose para el aire libre con una obediencia y un sosiego que solo podían provenir de esos viejos nuestros que allí se quedaron, esos muertos benefactores, también de tu madre que, sin

duda, nunca se había ido del todo.

Así que tú conservabas en tu interior las risas maravillosas, los estallidos de alegría pura, las penas sin raíces ni mañana, todo lo que suele ser propio de un chiquillo. Y no me preocupaba porque sabía que todo eso habitaba secretamente en ti. Lo adivinaba en esa incandescencia de tu mirada, aunque también me negaba a ver en ella el recuerdo del fuego, su supervivencia de brasa sepultada, por siempre amenazante.

Vendrán, allí donde nos encierran después de habernos salvado, días de gran desconcierto. Hoy te lo confieso: entonces estoy a punto de renunciar, pero ¿hacia qué y hacia quién regresar?

Es solo eso, el desierto que dejamos atrás, lo que por defecto mantiene mi voluntad. Mientras avanzábamos, tú, yo, a veces unos cuantos compañeros, el valor y la fuerza siempre lograban alimentarse lo suficiente para, día tras día, infundir en nosotros nuevamente el deseo de mantenernos erguidos, de querer Dios sabe qué en vez de abandonar.

Pero en el centro todo se disuelve en esa impotencia, esa traba de cerrojos y de hormigón, mientras los rumores se suceden, atraviesan el pueblecito de los retenidos ráfaga a ráfaga: nos van a pegar, nos van a liberar, nos devuelven, quieren hablar con nosotros, oírnos; pero ¿acaso es la verdad la clave? Con cada oleada las cosas se agitan, se enderezan o se hunden, según uno espere o tema. Somos un mar irrisorio y en él estás un poco ahogada. Quiero creer que manteniéndote siempre pegada a mí, sabiendo que estás acurrucada donde te gusta, en el hueco de mi brazo, la mayoría del tiempo que pasamos en este lugar en el que aprendo lo que significa ser «extranjero», te estoy librando, te estoy apartando de nuestra masa entontecida.

Pero por supuesto te afecta. Por supuesto las dudas, el desánimo y la humillación en medio de los que nos vemos zarandeados se incrustan en ti como la mugre. Y se siguen acumulando cuando nos desplazan, hacia el Continente Blanco, sin duda, y por lo tanto, en cierto modo, victoriosos, pero en otro lugar cerrado donde nos mantienen en la ignorancia de lo que acontecerá.

Para llevarnos nos meten en un avión como sardinas inútilmente apretadas, aunque la lata es espaciosa. Pero nos vigilan mejor en bloques que dispersos.

Jamás subí más alto que la copa de un gran árbol. Jamás experimenté el vacío en el que se eleva rugiendo y vibrando el aparato

que, así lo creo al principio, va a desintegrarse y nosotros dentro a evaporarnos fuera, y quizá por fin llegará la paz, pero quiero que vivas y entonces te agarro, rezo, cierro fuerte los ojos hasta calmarme, cuando de pronto me doy cuenta de que volamos, y en ese momento preciso te miro: sonríes de oreja a oreja. He cargado tantas veces contigo que vuelves de nuevo a ser tú cuando ese gran cuerpo nos eleva y nos pasea sin esfuerzo por entre las nubes. Aprendo de ti. Si tú no tienes miedo, yo estoy tranquilo. / llegamos y Zo nos dijo que ella no se quedaba porque baby love la esperaba solo en casa, la madre estaba currando y entonces él se iba a tirar el pegote master chef y le iba a preparar una cenita que te cagas, con velas y priva, pero en plan guay, con vino y eso, nada de latas, y entonces NabilA, que es la que más se raya de las PrincesA, no pudo aguantarse y le dijo pero tía si tu Kevin le come los morros a la Cindy mientras tú te montas tus peliculitas de amor. /

En el nuevo centro, más grande más mugriento más repleto aún de una población en suspenso, la tensión es constante. Todo huele a efímero, a lo mínimo necesario para una acogida que probablemente no durará.

Y sin embargo algunos dicen que están allí desde hace años. Allí nacen niños que solo conocen del mundo esa asfixiante prensión. No son más infelices que tú, que te sacias cada día de lo que yo te doy: mi ternura, mi protección, mi voluntad de llevarnos a ambos hasta otro sitio en el que podamos vivir y que no puede ser, no debe ser, este lugar de tránsito alargado hasta el absurdo.

Uno lo aprende rápido: para salir hay que pedir asilo, y no se ofrece asilo salvo a los que pueden justificar la necesidad. Muchas veces debo relatar la horda sanguinaria, el modo en que se abate sobre nuestro pueblo, la plaga de la que no se sale con vida. Salvo nosotros, Adama mía, que nos hemos tumbado tan cerca de la muerte que hemos logrado engañarla.

Hemos vencido a la muerte, pero hay que contarla, detallarla, a esa mujer que habla nuestro idioma y escucha y traduce a esa otra mujer (o no, o mal, ¿quién sabe?) lo que nos ha costado huir y por qué no queremos podemos debemos regresar. Vuelvo a sentir el horror y la tristeza, dejo que emerjan desde el lugar donde los había sepultado, para que los vean, para que no ignoren nada de lo que nos ha hecho encallar aquí. Vuelvo a ser el hombre aniquilado.

Entonces hago el juramento: cuando hayamos llegado allí donde podamos estar vivos sin tener que justificar, detallar, exhibir ni el más mínimo segundo que nos ha llevado junto a tantos otros al exilio, nunca más tomaré el camino de las palabras que me conducen al drama. Seremos nuevos y tendrás derecho a creer en las promesas del

mundo.

No deseo nada más, no tengo sueños más poderosos que el de la salvación de tu fe. Yo no cuento. Mi alma no cuenta. Ya sé que soy un muerto que remeda la respiración y el movimiento con el único objetivo de engendrar en ti el deseo de vivir y de esperar. Mi alma es un cementerio donde descansa el recuerdo deslumbrante de tu madre, donde poco a poco se desmoronan las felices imágenes de tu hermano antes de su traición. Allí no cultivo nada más que ese pasado devastado. Así puedo sepultar todo lo que es sombrío, la indómita tristeza y el espectáculo del crimen. Es una parcela de tierra condenada que se tragará, así lo creo, todos los venenos. Entre tú y yo solo quiero dejar que corra lo que aún sabe estar vivo. Y hasta esta noche estoy convencido de que paso a paso, con silencio y cuidado, estoy fabricando para ti felicidad o al menos paz.

Incluso en este centro donde el tiempo, definitivamente, se ha detenido, donde temo fracasar a la larga en mi empeño de ofrecerte la libertad. Las horas se apelmazan, se suceden sin más referencia que las comidas insípidas, el aseo rudimentario y las visitas erráticas de quienes, uno no deja de repetírselo, son susceptibles de ayudarnos.

Vienen con su montón de preguntas, hurgan con la nariz tapada o, al contrario, con esa especie de fiebre no menos nauseabunda de los aspirantes a la santidad para quienes nuestras desgracias son promesa de altura, hurgan y hurgan, digo, en nuestros terruños, en la banalidad de la miseria o en las metamorfosis infinitas de la crueldad, hurgan y hurgan, y algunos, eso se ve, están sinceramente afectados, reprimen lágrimas verdaderas, están azorados de indignación.

Pero aún hoy ignoro, mi niña presa, si la sinceridad resulta útil a los condenados que entonces somos. Probablemente sí, probablemente actúa como una mordaza, en la boca de los más feroces, de los más indiferentes. Probablemente los sobrecogidos y sus trámites, sus declaraciones, sus manifestaciones, sus peticiones tiran un poco de la correa de aquellos a los que el desprecio y una rabia surgida de no se sabe dónde, porque ninguna estirpe escapa a la necesidad de inventar su supervivencia, empujan a tratarnos no como a hombres, sino como a una enfermedad.

Así pues, día tras día, repito cuando me lo preguntan el relato de lo que nos trajo aquí, a ti y a mí, y maldigo, amenazo con mil desgracias a quien se atreva a insinuar que quizá no estás en el lugar apropiado junto a mí, que a esta niña le haría falta algo parecido a una madre. En muchas ocasiones me describen lugares a los que, si de verdad te quisiera, debería tener la cordura de dejar que te llevasen. Pero yo digo que tal lugar no existe, o sí: mis brazos, mis palabras, mis ojos

que no te abandonan casi nunca. Soy el único lugar donde puedes estar. Estoy dispuesto a seguir huyendo si no entienden esto: que la paz está lejos. Y mientras se resista a llegar, no te soltaré la mano. / y al principio ZorA no se lo creía y me miró en plan a NabilA se le ha ido la pinza, ¿no? Está de coña, ¿verdad? Yo solo la pillé del brazo y vi cómo de pronto se le llenaban los ojos de lágrimas, pero no mucho tiempo, como cuando te cae una tormenta, te empapas y en dos minutos se acabó y otra vez sale el sol, y si no es porque te ves la ropa pegada al cuerpo en plan te has tirado a la pisci vestida, te crees que lo has soñado. Sí, con los ojos de ZorA fue algo así, pasaron del diluvio a la guerra. /

Y eso nos salva aquella noche en que un fuego, nuevamente, habría podido acabar con nosotros. Porque tu piel de suave papel marrón y tu carne tierna sienten antes que mi cuerpo curtido el calor anormal, se irritan con el humo. Como cada noche, estás acurrucada contra mí y al agitarte me arrancas de un sueño profundo, me sacas de ese pozo donde fermenta mi dolor, donde se me niega el olvido. Es tal el caos cuando abro los ojos, que creo haber pasado simplemente de una pesadilla a otra, tan viva que nada la distingue de la realidad. Son engañosos los gritos, el hollín, las estampidas llenas de pavor, la agria oscuridad que tragamos, a la que sustituye un resplandor rojo que de inmediato reconozco, que hace que me ponga en pie de un salto, ya más que despierto, con los sentidos aguzados como en los tiempos de nuestra primera huida.

No te has soltado de mí ni un momento, tus bracitos me agarran, confiados incluso entonces, en el griterío y el terror denso: un muro de cuerpos corriendo a ciegas, golpeándose pisoteándose aferrándose para levantarse a duras penas o quizá solamente con el fin de sentir al otro y calmarse lo suficiente para avanzar en la mar oscura, hostil, brava. Un muro que se mueve entre nosotros y el aire respirable de la noche afuera, que, no sé muy bien cómo, atravesamos.

Y de repente me digo, pensando en vuestra ocurrencia, ¡niñas locas!, ¡cabezas huecas!, que el fuego que habíamos evitado dos veces, pero que había depositado su aliento en ti (recuerdo una gruesa capa en tus finas orejas y en esa minúscula nariz tuya y en el rabillo de tus ojos, recuerdo que harán falta días y días antes de que desaparezca por completo, que dejes de llorar y de moquear negrura, y cómo eso me deja extrañamente conmocionado. Viendo aquello fluir, que parece no tener fin, tengo miedo de que la muerte y la oscuridad ya jamás te abandonen), sí, me digo que el fuego llevaba esperando en ti desde aquella noche. Lo había sabido entonces y luego nos habíamos marchado en busca de un lugar donde vivir y quizá volver a empezar a soñar, al menos tú, y había querido olvidarlo. Son horas, noches,

días en que el movimiento basta, le toma la delantera al pensamiento.

El desorden del peligro nos expulsó del centro como si fuéramos lava. Marcharse no es más que una decisión. Me doy cuenta de que a la mayoría de nuestros compañeros retenidos ni se les pasa por la cabeza alejarse. Atrapados en una red invisible que tal vez sea la fatiga, tal vez el miedo o simplemente la idea de que aquí están de una pobre manera al resguardo, que huir significaría nuevamente buscar: comida, dónde dormir, dónde lavarse, y todo eso ¿hacia dónde?, se mantienen en grupos alrededor del edificio en llamas, tosen y lloran, y ya están contándose esa nueva desdicha, todo vale para crear una leyenda contra la realidad.

No deseo para nosotros, para ti, tal resignación. Mis piernas no lo consienten, repiten lo que han sabido hacer una y otra vez antes del encierro: yo corro y tú, pequeña amazona a mi espalda, tú que enseguida encuentras el genio de la fusión, que pesas menos en el momento en que te colocas, con los brazos en mi cuello y las piernas alrededor de mis caderas, te encargas de no caer.

En la masa jamás censada de los exiliados que permanecen en suspenso, esos fantasmas, probablemente nadie se percatará de que faltamos. O si no, dentro de algunos días quizá, cuando los que dicen ayudarnos vuelvan con sus preguntas, sus formularios, su perpetua danza entre desprecio y compasión. Tal vez entonces se darán cuenta de la desaparición de ese padre tan loco, según ellos, como para no entregar a su hija. No lo sabremos. Ya estamos lejos.

Como en la época de Tierra Negra, nuestra huida se fusiona con la noche. Como entonces, algunos animales sin rumbo deciden acompañarnos por turnos. ¿Será tu madre quien los envía?

El centro estaba en las proximidades de una ciudad y rápidamente, después de haber atravesado una zona en la que conviven prados, edificios y descampados, el hormigón se impone de manera brusca, y allí estamos.

Hemos recorrido unas vías hasta la estación, en la que entramos al alba. Allí se mezcla ya toda una población, siluetas que parecen acostumbradas al lugar: viajeros de gestos mecánicos, de ojos aún dormidos, errantes como nosotros, jóvenes, viejos, en grupo o que, por el contrario, buscan el aislamiento, y los empleados de algunos comercios, bares y puestos que van abriendo poco a poco. En el baño, situado en el sótano, bebemos y nos lavo como puedo del hollín y el polvo que forman costras en toda nuestra piel visible. En el centro nos dieron ropa de temporada, otoño, invierno, no sé muy bien, pero lo que tenemos lleno de mugre son sobre todo las manos, la frente y las mejillas.

Al descubrir mi imagen en el espejo, bajo la luz cruda que revela y ahonda más las sombras, me mareo brevemente: esos rastros grisáceos sobre el negro azulado de mi rostro escuálido hacen que parezca recién salido de las tinieblas. Es como si hubiera muerto en el camino sin haberme dado cuenta. Me entra el pánico, me echo agua y froto la máscara aterradora. Ver el líquido oscuro en la loza me calma. También tu risa cuando, de pie junto al lavabo, me echas agua, primero para ayudarme, después sin más razón que el infinito alivio del juego.

Un viejo que fregaba el suelo al fondo de la estancia ha interrumpido su movimiento para observarnos. Sé por instinto que no es una amenaza. Nos regala su mirada suave y desgastada, se acerca cojeando, inventa para ti dos o tres carantoñas agachándose para dar golpecitos en la espesura de tu cabello, rebusca en los bolsillos y saca un billete arrugado, que me entrega sin sonreír, sin hablar. Ese es el misterio de los hombres, que a veces se ayudan y comprenden y a veces se destrozan. Es algo serio y sagrado. El viejo probablemente no está en mejor situación que nosotros, pero no es cuestión de rechazar.

Con el dinero nos compro algo de comer, después dejamos la estación y nos adentramos en las calles estrechas.

La ciudad es de una belleza digna de una postal. A lo largo de las aceras adornadas de árboles y flores, casas refinadas y juntas: montoncitos de piedras rodeados de vegetación y, aquí y allá, bien visibles desde cualquier lugar, bosques de edificios de cristal. Ver cómo en ellos se reflejan las nubes en movimiento te hace reír a carcajadas. De nuevo es tu confianza feliz la que me empuja.

Nos perdemos, qué más da, caminamos en círculo, andamos mucho tiempo sin cansarnos realmente. Cuando nos paramos, en parques, en bancos, lo hacemos sobre todo para comprobar que no vuelven a atraparnos. Por primera vez desde la noche que forzó tu nombre, vislumbro otra cosa que la huida: la posibilidad de vivir, aunque sea ¡oh, Dios! mínimamente mezclados con la gente, aunque sea sin hacer ruido. Pero, al menos, que se detenga ya la carrera.

Y renuevo en silencio mi voto de borrar de dónde y de qué hemos venido.

Sin embargo, no es en esta pequeña ciudad, en la que somos demasiado visibles, donde nos reinventaré una vida. / se apartó de la pared y salió como un tiro, rebotada que te cagas, NabilA y yo la oíamos gruñir, no gritar ni poner verde a la Cindy, gruñir; era como un pitbull con pantalón pitillo, tacones y sujetador de encaje en plan para la nochecita de amor, sí, eso, un pitbull sexy que babea pensando en el combate. No íbamos a rajarnos, si le tocas las narices a una

PrincesA allí estamos las tres; fuimos detrás suya sin preguntar, una para todas como en el libro del insti, los mosqueteros esos. /

Vagabundeamos algunas semanas entre la estación (el hombre del baño te ha tomado cariño, se ocupa de ti cuando encuentro algún trabajo precario o cuando no tengo más remedio que vagar solo, como cuando se caza, concentrado, al acecho de cualquier cosa que pueda ayudarnos a alcanzar nuestro objetivo: la capital del país vecino), parques públicos, edificios en construcción y esas zonas con campamentos más o menos secretos en que (lo descubriremos tanto aquí como en otros lugares) se han convertido la periferia, las orillas del río y los bosques dispersos a las puertas de las ciudades. También en esos territorios de clandestinidad tolerada, una franja donde se entremezclan trayectorias y rostros, todo se intercambia: trucos, mercancías, inquietudes y afecto.

En los aledaños de la estación, al lado de las vías, en una tienda de campaña limpia a la que vienen de todos sitios a consultar, un hombre aún joven, uno de esos defenestrados, médico en el país del que ha huido, te salva de una terrible fiebre y me da impagables consejos para que el clima, más húmedo y frío, del lugar al que digo que quiero que vayamos, no te ponga en peligro.

En otro de esos lugares sin nombre a los que la necesidad ayuda a llegar, una noche en la que por una vez te has quedado dormida sin acurrucarte, dejo que una extranjera se tumbe pegada a mí. Es grande y suave y poderosa y cedo a la fugitiva evidencia de sus brazos. Ya no sé si soy un hombre o un niño contra ese cuerpo, esa noche, contra esa mujer que no es mi Ezokia, pero sí sé que me escoge y me abraza y me calma y me ama lo suficiente para que al amanecer nada haya sido traicionado.

No conoceré nada más que eso: bellos abrazos casuales que jamás buscaré.

Tu madre es mi compañera. No sueño con ninguna otra. Es la idea de la caricia en la mano cortada. Su ausencia me es fiel, está conmigo siempre y en todas partes, difunde con bocanadas vitales, desgarradoras, el recuerdo de la felicidad.

Incluso en la época de la miseria y el hambre, siempre fui rico en eso. Debería haberte hablado de ella, de sus ojos dulces, de su cuerpo inspirado, cuyos gestos he imitado para ser contigo también un poco ella y mantenerte con vida. Porque Ezokia sabía lo que las madres saben, y yo lo repito: era un ignorante. Pero lo que me une a mi difunta amada se parece a la fe, no es menos indescriptible y, como la fe, no puede inventarse.

En miles de ocasiones he querido compartir contigo el refugio que para mí suponen su sombra siempre presente y el recuerdo vivo de su voz, pero temía dibujar los contornos de una ausencia, alimentar ese monstruo a fuerza de palabras, y que fuese imposible saciarlo.

Ahora bien, durante mucho tiempo juraría que ningún vacío te corroe. Estás tan nueva en el momento de la huida. Creo ver que es ella la que te forja, que ella te ha hecho fuerte y sensible a todo cuanto alimenta: distingues infaliblemente a aquellos cuya mirada, voz, experiencia van a permitirnos durar. Lo sé por tu manera de acercarte de pronto a ellos, de balbucearle a uno la música de una conversación, de dar golpecitos en la espalda con una mano para colar la tuya mientras levantas los ojos hacia aquel o aquella que has elegido, que tu instinto te ha señalado —del mismo modo que una vara señala el manantial que nadie más puede ver— como una posta, una reserva, una etapa esencial en nuestro camino. / a Zo se le fue la pinza. Salió echando hostias al Bégonias, el edificio del Kev y su banda de perros que se creen lobos pero que solo saben echar baba y hacer ruido. Esos no asustan ni a niños de primaria.

No hablaba con nosotras, no se daba la vuelta para mirarnos, no hacía falta. La verdad es que Zo sabía que íbamos detrás suya y que si había que partirle el careto a alguien, se lo partíamos, y eso iba a ser como si nos tocara el euromillón, porque hacía ya la tira que le teníamos ganas al Kevin, había que enseñarle respeto. Pero como no se podía tocar al baby love de ZorA…

Joder, ojalá no hubiéramos pillado al gilipollas y a la rubia de bote… /

Eres precisamente tú la que en un enésimo campamento provisional, te aferras al hombre, aunque callado y brusco, gracias al cual lograremos por fin marcharnos. Lo sigues (tienes que dar cuatro pasos tambaleantes por cada uno de los suyos), lo esperas cuando no puedes estar con él o cuando te da esquinazo —no es de extrañar, andas desde hace poco, también lo has aprendido de la noche a la mañana, sin que haya hecho falta animarte ni sujetarte (o se han ocupado otros de hacerlo en los momentos en que debía dejarte a su cargo)—. Acabas haciendo que acepte tu presencia de leoncito apenas más alto que sus rodillas.

Al cabo de algunos días ya es costumbre: cuando se sienta, me mira para pedirme aprobación antes de cogerte en brazos. También tú me miras mientras te levanta, y como te sonrío, aceptas acomodarte en su sólido regazo.

Es un hombre aún joven, de piel más negra que la nuestra, con el rostro grabado de marcas que te gusta recorrer con la punta de los dedos. Más tarde nos enteraremos de que él se marchó por propia

voluntad, dejando tras de sí una ciudad inmisericorde con la que sin embargo sueña nostálgicamente —porque esa ciudad era la suya—, una esposa y tres hijos. Tal vez sea eso lo que has visto en sus manos enormes, mientras lo abrazas: la tenaz huella de los suyos.

Nunca había vuelto a pensar en ello, pero hoy comprendo que sin duda lo habías escogido por su determinación palpable, una estela que seguir para escapar de la simple supervivencia, aunque también, estoy convencido, para consolarlo. Y lo conseguiste. ¿Por qué, si no, nos habría propuesto que lo acompañásemos en lo que sería, tanto para él como para nosotros, la última etapa de una larga huida?

Zagwe, al contrario que nosotros, tiene una idea exacta del lugar al que va, un plan ampliamente madurado. Por supuesto, no había previsto que lo detuvieran nada más bajar de la patera. La suya no había naufragado, pero cuando llegaron a plena luz del día a la isla que encarna para todos nosotros, clandestinos por la simple casualidad del país donde hemos nacido, el umbral de la salvación, inmediatamente los habían recogido y hacinado, en medio del griterío, tras las rejas de ese mismo centro en el que, quizá también en ese momento, nos habían retenido a nosotros. Y al igual que a nosotros, mientras se decidía su suerte, más tarde lo habían trasladado al continente, a ese país que no era su destino. Durante el trayecto a un lugar cualquiera de internamiento había logrado escapar. Eso fue seis meses antes y, desde entonces, ha obrado para irse.

Un primo lo está esperando en la capital con la que tanto ha soñado. Mientras nos explica todo eso (¡nunca ha hablado tanto!), saca de una cartera ajada la fotografía de un hombre que se le parece, risueño y orgulloso, de pie delante de un edificio. Viendo su sonrisa y el gesto triunfal que dirige al objetivo, está en el paraíso. Sin embargo, en esa imagen nada resulta atractivo. El cielo está sucio, el edificio, mucho más feo y deteriorado que los de esta ciudad de la que queremos marcharnos. Y la alegría que muestra el hombre se ve contrarrestada por su tez grisácea y sus facciones hundidas.

Pese a todo, sonrío, y le devuelvo a Zagwe la foto. En esa imagen no ve más que la promesa de una vida decente para él y, por lo tanto, para los suyos que se han quedado en el país. ¿Con qué derecho le arrebataría yo esa creencia?

Durante varias semanas, Adama mía —quizá lo recuerdas en el fondo de ti, porque nada entonces parece escapar a tu interés—, preparamos nuestra expedición. El dinero para el viaje lo ganamos bastante rápido, no es ese el principal obstáculo entre el edén y nosotros. Nuestra obsesión es burlar los controles. Y seguirá siéndolo mucho tiempo después de nuestra milagrosa llegada aquí.

Zagwe tiene clara una cosa: bajo ningún concepto van a volver a detenerlo. Antes prefiero morir, dice, como un delicado coloso, mientras te tapa los oídos con las manos. Tú sacudes la cabeza, creyendo que es un juego, pareces un poco decepcionada por haber conseguido zafarte tan rápidamente, sigues escuchando su relato, del que, por supuesto, no entiendes nada o, si acaso, por las inflexiones de su voz, lo que contiene de tensión, de desgaste, de esperanza también. Su paso por el centro, en Portadora, hizo que lo ficharan, como a nosotros. Si volvieran a detenerlo, lo expulsarían de inmediato al país del que quiere desprenderse a toda costa, a su ciudad natal trituradora de vidas, a la que regresaría como perdedor, como un inútil patético, como culpable incluso. Porque fracasar es un error imperdonable ante los ojos de los que hemos dejado.

Para evitar ese fracaso, el desastre de un regreso, Zagwe se ha convertido en un hombre sin huellas. Es más fácil mimetizarse sin identidad. Muestra como si fuera la llave de un tesoro la pulpa fundida de sus dedos, y eso también lo tocas, esas zonas obligadas a guardar silencio, que ya nunca traicionarán, pero que duele mirar.

No puedo hacerme a la idea de infligirme semejante mutilación. No me da miedo el dolor, Adama, como puedes imaginar. Mi cuerpo ha desarrollado una resistencia que a veces me asusta: ¿cómo estar seguro de estar vivo si mi carne ya no sabe sufrir? No, si renuncio a ese gesto que pasa por ser de puro sentido común para este pueblo nuestro, tan dispar, de los perseguidos, y que muchos llevan a cabo a veces con pegamento, a veces con fuego, o incluso con plástico fundido —quizá el más peligroso de los métodos porque el material violentado difunde el veneno de su química en la carne abierta—, es porque me aferro con cariño a esos finos surcos en los que ha quedado grabado, entre caricias y abrazos, el recuerdo de tu madre asesinada. ¿Quién sabe lo que Ezokia te cuenta, hija mía, tan pequeña entonces, cuando mis manos impregnadas de ella se posan en tu piel? ¿Quién sabe lo que percibes? Tal vez sea una vínculo irrisorio, una pobre ilusión, pero me aferro a ello como a un sexto sentido secreto que solo yo poseyera. / pero delante del Bégonias no había ni Dios. Esas ratas asquerosas se habían escondido. ZorA se puso a husmear por todos sitios, en plan pitbull total. Hasta mandó a tomar por culo la maceta gorda esa que hay delante de la entrada, la que se usa de cenicero. ¿Creías que tu Kevin se iba a esconder debajo, tía?, no es tan enano, le dije de coña, pero NabilA vio cómo Zo echaba humo por las narices, en serio, y me soltó una patada. /

Así pues, una vez en el tren que por fin nos trae hasta aquí, tendremos que huir como de la peste de cualquier representante de la autoridad. No nos sentamos al lado de nuestro amigo, solo nos lo cruzamos en nuestros desplazamientos habituales. Y entonces: la

complicidad del hombro que se toca al pasar, los breves susurros, el impulso que tienes de ir hacia él, que reprimo, más tarde nuestros ojos arrugados por la sonrisa porque el viaje toca a su fin. Todo eso nos mantendrá con fuerza y confianza hasta la llegada, cuando de nuevo podremos caminar juntos.

Han revisado nuestros billetes debidamente y no han despertado sospecha. Aun así, tiemblo y te aprieto hasta asfixiarte mientras espero que el funcionario termine la comprobación —mecánica y anodina para él; decisiva para nosotros. Probablemente vuelves a salvarnos mirando con tus enormes ojos a los del hombre que puede, con una palabra, matarnos, o casi—. Es muy tierno: se inclina, te pregunta amablemente cómo te llamas, sueltas una salva de aes muy felices. Se ríe antes de alejarse, a su pesar, parece. ¡Nos hemos librado!

En el andén me entran mareos. Tú, Adama mía, a la que hasta ahora ninguna prueba ha hecho flaquear, te agarrotas de terror e incomprensión. Debemos remontar el flujo agitado de los viajeros, atravesado por corrientes contradictorias, para llegar hasta Zagwe. Doy gracias a Dios por su estatura de gigante: es un faro del que no aparto la mirada.

Ya no puedes andar. Te llevo pero bien podría no agarrarte: de nuevo estás soldada a mí. Nunca has vivido tanto alboroto, una agitación tan frenética. Yo, que sin embargo he frecuentado las grandes ciudades de nuestro país, su hormigueo caótico, apenas estoy más tranquilo. Aquí los movimientos son duros y los rostros herméticos. La muchedumbre no es una mezcla consentida, con lo que eso conlleva de sorpresas felices, intercambios inesperados y, por supuesto, de peligro, aunque identificable, aunque familiar. Estamos atrapados en medio de una convivencia visiblemente forzada y repudiada. En ella uno permanece dentro de sí o del espacio que forma su grupo, como en una facción. En la masa, por momentos, ojos que no esquivan la mirada, la dulzura de una sonrisa, un gesto de bondad —por ejemplo, apartarse para dejar pasar a nuestro insólito y tembloroso dúo—, retazos a los que me aferro para no ceder ante el pánico.

Así será en la calle, en el metro, en los autobuses repletos de esta ciudad inmensa: durante mucho tiempo tendré el sentimiento de ir a la guerra cuando debo desplazarme. / no hacía falta, yo también había visto el humo, no estoy ciega, ni se me ha ido la olla. Zo se giró tres veces en plan perro rabioso y se largó corriendo. Ya no gruñía, ahora parecía que ladraba. NabilA y yo nos miramos, nos habíamos coscado de la jugada y no molaba nada: se iba al edificio Rodhos. /

Solo Zagwe sabe adónde vamos. Su primo adjuntó a la fotografía un itinerario detallado que, desde ese primer día, nos obliga a utilizar

todos los medios de transporte de la ciudad y sus alrededores.

El trayecto es interminable y mucho más inquietante que el más inquietante de nuestros periplos a través de bosques densos o desiertos sin fin. Nuestro imponente pero impresionable amigo parece, también él, haberse sumido en sí mismo, y no podemos contar con su ayuda para encontrar una apariencia de quietud. No pronunciará una palabra, no nos mirará, dará la impresión, pues, de habernos olvidado. Tú y yo somos dos náufragos zarandeados al capricho de los misteriosos movimientos que nos rodean.

Rápidamente entenderemos por qué los vagones tragan y escupen, como ogros indecisos, a sus innumerables viajeros, nos acostumbraremos al chirrido de los frenos, pronto dejaremos de notar las sacudidas o ese silencio peculiar en el que la gente, incluso si hablara bajo, produciría un enorme bullicio. Pronto aprenderé, y tú cuando tengas la edad de moverte sola, a ubicarme en esa red compleja que al principio se me antoja como los meandros del cerebro de un loco. Pero a nuestra llegada, pobres criaturas inadaptadas aún al cambio brutal de su mundo, todo es desgarrador.

En mis brazos estás protegida, pero sientes el miedo que transpiro, pero oyes cómo mi corazón te golpea en la mejilla. Lloras, tú que hasta entonces has aguantado sin un sollozo.

Le voy pisando los talones a Zagwe, a quien la idea del reencuentro con su afortunado primo lo hace avanzar. Lograremos reunirnos con él, con el primo, ese pionero sin gloria, ese jornalero entre jornaleros en que también yo me convertiré. Lo habremos logrado. Pero nada estará a la altura de los sueños de Zagwe ni de mi propia felicidad perdida. No habrá más remedio que vivir. Por ti, Adama mía, no habrá más remedio. Sin embargo, ese día la esperanza se desgarra y no podrá recomponerse.

El primo vive en un albergue de trabajadores extenuados. En él solo conviven hombres en una absoluta falta de armonía. Algo áspero emana del lugar, que quizá tenga que ver con la ausencia de mujeres y niños, y seguramente también con lo que reúne allí a esos hombres jóvenes y viejos: la necesidad y no la elección.

A pesar del cansancio y del sentimiento nuevo y bien visible de que estamos completamente perdidos, no nos permiten pasar allí ni siquiera una noche. Intentan aleccionarme otra vez: tu sitio no está junto a mí, me dicen, he debido de perder la cabeza por creer que soy capaz de ocuparme de ti yo solo.

Nos invitan a compartir la comida que han preparado en un hornillo colocado directamente en el suelo (la cocina es demasiado

pequeña para la superpoblación del lugar), pero me doy cuenta de que lo hacen en nombre de una solidaridad sagrada y transitoria, una tregua antes de que se reanuden las hostilidades.

Las pocas horas que pasaremos en el albergue serán una nueva prueba, inesperada, cuando en realidad pensábamos ya estar a salvo. No es que nos deseen nada malo, por supuesto que no. Pero molestamos. No acepto ni que te lleven a los brazos de una mujer, no sé muy bien dónde (y entonces me niego incluso a que se acerquen a ti y no pierdo el tiempo seleccionando entre los que se confabulan para separarte de mí y aquellos que realmente echan de menos la infancia, que están delante de ti como frente a una felicidad olvidada), ni unirme a los que rezan en una habitación asfixiante, cargada de hedor a cebolla, especias y sudor. Me hace falta ese rechazo imperioso, neto, llegado desde lo más hondo de mí y formulado sin prudencia (¡qué más da!) para darme cuenta de que toda fe me ha abandonado. ¿Se apagó en el momento justo de la masacre? ¿Se ha secado por el camino mientras no era yo más que un cuerpo en marcha y una voluntad: salvarte, sin alimentar ningún otro pensamiento? ¿Ha cedido ante el recuerdo de tu madre, que se ha convertido en mi refugio y mi ley? No sabría decir.

Reciben mi rechazo como si les escupiera. Ya no podremos esperar más que esa única comida, concedida en nombre de una caridad displicente, como con un mendigo, y también para que luego desaparezcamos. / partirle la jeta en directo a Miss Putita delante de toda la peña, vale. Pero ir hasta su casa a acosarla, eso sí que no me parecía bien. La Cindy vive con su abuela, que es un cielo, es increíble, seguro que la petarda es adoptada, y en el piso de arriba vive un primo de NabilA que te cagas de bueno. Un tío serio, está estudiando y todo. Hace meses que nos cruzamos y yo delante suya me comporto. /

Zagwe, con todo lo gigante que es, tiembla como una ramita al viento. Le has calado en el alma a fuerza de acurrucarte, pero su primo y esos hombres organizados y ya veteranos en este país, útiles por tanto, no nos quieren. Se pliega. No se opone a nuestra expulsión. No os vayáis lejos, nos susurra. Esperadme por aquí mañana. Compartiré con vosotros comida, consejos… lo que haya podido conseguir de aquí a entonces.

No juzgo a Zagwe. Cada uno debe ocuparse en primer lugar de su supervivencia. Nos vemos en la calle, tú a mi espalda (no sé quién protege a quién) y, te lo confieso, por primera vez desde nuestra partida, estoy desamparado. Pero ahí estás tú, confiada. No me acostaré sobre el alquitrán reluciente de lluvia. Me resistiré a la idea, tentadora de repente, del abandono.

¿Ves, Adama mía?, en el camino, cada vez que flaqueo, cuando estoy perdido, tú me mantienes en pie. Debería habértelo repetido todos los días en lugar de ver cómo te alejabas, sin reaccionar, convenciéndome, incluso, de que esa era la prueba de que tú sí que pertenecías a este país, de que eso, mi flor, lo había conseguido yo: replantarte.

Pasamos la más larga y fea de las noches en un edificio en construcción a pocos pasos del albergue (no me he atrevido a aventurarme más allá de la calle). Solo doy cabezadas, me despierto con el corazón desbocado, con la impresión de que un horror innombrable me contamina. Flotan entonces por un momento a mi alrededor imágenes que ningún humano debería ver. Te aprieto fuerte, seguro que he gritado el nombre de Ezokia antes de salir una y otra vez de este sueño aterrador. No te despiertas, pero siento cómo enloquecen tus ojos bajo los párpados cerrados. También tú luchas, no me atrevo a imaginar contra qué. / yo quería montar un follón para ayudar a ZorA, pero prefería que no fuera en plan delante del padre de mis hijos. Pero esta vez la cagué. Vérselas con la pasma tiene que ser chungo. Espero que al menos el fuego no haya llegado hasta él. /

Al amanecer, tullido por los dolores del combate, me coloco bajo un porche desde el que se puede observar la entrada del albergue sin exponerse. Tú dormitas en mi espalda. La cancioncilla de tu respiración en mi cuello va diluyendo el cansancio. Me concentro en mi misión. Veo que poco a poco se vacía la colmena. Energía de abejas, obstinación de hormigas; en todo caso, ni pasión ni fantasía en esas siluetas que se precipitan por oleadas sobre el día aún oscuro.

Entre ellas, visiblemente menos triste o ausente, el nuevo Zagwe, al lado de quien lo ha guiado más o menos voluntariamente hasta aquí.

Doy un paso para colocarme bajo la luz. Es leal, nos busca con la mirada, nos ve, inicia con su primo, mejor tipo de lo que habríamos podido temer, una conversación agitada y breve, y, con un gesto, nos invita a venir a su encuentro.

Me informan del programa del día y también de los siguientes: tenemos que ir a distintos sitios en las afueras de la ciudad, adonde los empresarios menos preocupados por la legalidad, los más ávidos de lucro, ambas cosas van de la mano, acuden en busca de material.

Descubriré que cada mañana la cosa es así: seres flotantes entre dos vidas, la que han dejado y la que tratan de reconstruir de modo más o menos duradero aquí, y también otros a los que la existencia en su propia casa, en este país que es el suyo, ha maltratado se amontonan alrededor de esos camellos de empleos efímeros. A los que respetamos, no obstante, a los que bendecimos, porque son nuestra

única oportunidad de arañar algo de actividad (es decir, pan; es decir, algo con lo que durar o que enviar a los que, en la lejanía, esperan) por ingrata y precaria que sea. Solo ellos evitan que naufraguemos.

Serán necesarios muchos meses ocupados en esta rutina de búsqueda y de trabajo extenuante antes de atrevernos a querer algo más duradero y más digno. E incluso la mayoría se contentará con su dosis mínima y adulterada de empleos.

Estoy dispuesto, este primer día y los siguientes, a unirme a los hombres que venden su tiempo y su fuerza, y ni siquiera a los mejores postores. Pero ¿qué voy a hacer contigo?

Ya no estamos en ese territorio familiar en el que sé que un niño más nunca estorba. Ni en el espacio solidario de los errantes. Errantes seguimos siéndolo, tú y yo, pero hemos llegado al lugar en el que ahora yo tendré que reinventar mi vida y tú simplemente crecer, o eso quiero pensar. Las reglas ya no son las de la urgencia, sino las de una organización calculada y paciente del día a día. De modo que no voy a tener más remedio que dejarte al cuidado de alguien. / no deberíamos haber desenganchado a doña Mira-que-te-doy. Cuando Zo iba gruñendo y nosotras corriendo detrás suya, la agarró por el faldón de la camiseta gritando mira que te doy, mira que te doy, como hace siempre desde que tenemos edad de salir a la calle, antes la verdad es que hasta nos cagábamos, pero ahora le quitamos las zarpas de bruja y nos reímos de ella, la pobre vieja casi nos da pena, no tiene otra cosa que hacer, pero ZorA estaba tan atacada que tiró de Mira-que-te-doy diez metros porque la vieja loca no quería soltarla y cuando NabilA y yo lo vimos nos lanzamos las dos a esa mano retorcida que tiene para que soltara el top de Zo. La vieja perdió el equilibrio, se cayó de culo y siguió chillando ¡mira que te doy! en plan como si hubiera llegado el fin del mundo y la fuéramos a palmar todos. No se equivocaba. /

El primo, ciertamente muy valioso, contentísimo de abrirnos las puertas del reino que no es el suyo, en realidad no del reino, sino de sus márgenes, en los que, como tantos otros, podremos contemplarlo sin estar en él, servirlo con la esperanza (satisfecha en parte, por lo que a nosotros respecta: acabaremos por tener un techo, ayudas, la posibilidad de que nos curen) de disfrutar un día de sus dádivas; el primo, pues, nos presenta, sacando pecho (se le perdona), a la que será la primera de una serie de mujeres encargadas de cuidarte mejor que a sus propios hijos —y así lo aclaro, lo exijo, yo que no tengo el menor derecho, explicando que eres lo único que tengo en el mundo —.

Ahora bien, el mundo, esta noche, te retiene, te mastica, te digiere y ¿qué escupirá? ¿Qué quedará de ti? Te imagino encerrada, mi hija valiente, empujada al crimen ¿por qué razón? ¿Aburrimiento? ¿Tu

naturaleza combativa? ¿El imbécil deseo de estar atada a tus amigas sin importar la causa y el peligro, sin importar la estupidez del reto y la profundidad del abismo a vuestros pies?

Os he visto tantas veces ladrar al unísono, como un animal joven con tres hocicos abiertos para la defensa o el ataque, siempre con esa temeridad teatral, cargada a veces de saña que, lo confieso, me tranquilizaba. No había previsto esa saña antes de que se manifestara, ni la había entendido realmente, pero pensaba: Adama no tiene miedo, Adama sabrá morder antes de ser mordida, Adama tiene hambre y cree que le deben una vida, otra vida, más generosa, fuera del suburbio. Irá a buscarla. Lo logrará. No sabía qué, pero cada noche me lo repetía, lo logrará.

Ahora todo se ha detenido, y a ambos lados de los muros, cuando el futuro ya no es una promesa sino una galería oscura, plagada de preguntas, todo se ve claro: te había perdido. Nunca estabas lejos, pero te había perdido. Y tú, no me cabe duda, sientes que también vosotras estáis atrapadas en el fuego asesino. Pero ¿quién os compadecerá salvo vuestros padres y vuestras madres? Y por supuesto también a nosotros nos juzgarán y maldecirán.

Dentro de menos de una hora, iré a verte y, bien lo sabes, no te abandonaré. Seas o no condenada, cualquiera que haya sido tu papel, no te abandonaré. Haré todo cuanto pueda por ayudarte. Pero, Adama, no podré deshacer nada. / me paré para levantar a Mira-que-te-doy, daba pena, parecía una tortuga patas arriba. Cuando alcancé a Zo y a NabilA ya habían llegado a la puerta del Rodhos. Era de noche, había luz en todas las ventanas y Zo estaba gritando baja cabrona hija de puta, y recuerdo que pensé, joder ¿y a su Kevin de mierda no le va a decir nada? Tampoco es que al pobrecito lo violaran, pero ZorA ya había entrado, así que me callé de nuevo y me dije, que no suba, joder, de verdad, que no suba y nos pille el padre de mis hijos. /

No podré remontar el curso de nuestra vida hasta el lecho de tu crimen, porque esa es la última ficha de dominó que queda por caer y desconozco qué es lo primero que se tambaleó en mi silencio, en nuestras dificultades, en tu desocupación o en cualquier otra cosa. ¿Y cómo habría sido todo de diferente si te hubiese contado de dónde veníamos?

De todos modos, a las primeras palabras impregnadas de tristeza, probablemente me habrías obligado, con una mirada o con un breve comentario, a callarme: siempre has sabido protegerte. No eres ni insensible ni indiferente, creo, pero aprendiste muy pronto a no mirar el mundo desde demasiado cerca.

Recuerdo aquel día en que habían ido a vuestra clase —aún estabas en el colegio, no en el instituto— a hablaros de persecuciones

arbitrarias, de vidas rotas, de deportación. Habías vuelto llena de ira y yo había tenido que insistir durante mucho tiempo, acorralarte con preguntas cada vez más concretas para que terminaras contándome a regañadientes y sin mirarme lo que os habían dicho: que había quien podía decidir aniquilar a millones de hombres y de mujeres, jóvenes o viejos e incluso a recién nacidos. Que había quien podía ir a detener en su propia clase, ante los ojos de todos, a niños de la misma edad que vosotros teníais entonces. ¿Quién sabe cómo había repercutido eso en ti? Jamás he podido discernir en tu indignación la parte de sufrimiento de la de asco cuando habías dicho, evitando aún mi mirada: no me gusta hablar de eso.

Eso, es decir, el salvajismo, es decir, la muerte y el dolor emboscados en todos sitios. Eso, que cuando se descubre, hace imposible el mundo.

Después has intentado cerrar la herida abierta aquel día, desterrando de ti la ternura, envolviéndote en rudeza. Las leyes tácitas del suburbio, las que reinaban entre vosotros, los jóvenes nacidos aquí o casi, esas leyes basadas en la necesidad de mostrarse fuertes te han ayudado mucho en la tarea.

También entonces me alegraba secretamente de ver lo poco que dependías de la duda, lo confiada que estabas en el poder de tus decisiones, que eran también las de tus amigas. Tus cómplices, tendré que acostumbrarme a decir a partir de ahora. Pero tendría que haberlo sabido, no por no mirar algo deja de existir. Hay drama a espuertas en todos los rincones de todas las vidas, incluso las más tranquilas, incluso las más grises. No me perdono haber creído que para ti y para mí, por haber recibido todo lo que nos correspondía, el drama se había acabado. Pequeñas infelicidades, sí, reveses y decepciones, sí, esperaba que siguiéramos encontrando. Pero del drama, imbécil de mí, creí que estábamos definitivamente a salvo.

Nos habíamos ganado, creía, la inmunidad.

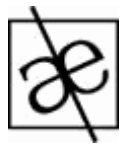
¿Acaso no estamos luchando día tras día, mes tras mes, año tras año, desde nuestra llegada a este país? ¿Acaso no somos injertos ejemplares, que absorben lo que hay que absorber de nuestro anfitrión, palabras, instituciones, usos, con el fin de no verse rechazados? Lo hago por nosotros dos, al comienzo, con consciencia y tesón. Nos mimetizo. He sabido pasar por muerto entre los muertos, puedo imitar todo lo que hay que imitar para ganar el derecho a vivir aquí. Para que todo prenda.

Como otros, aprendo sucesivamente mil oficios sin que nunca nadie vea en ello algo admirable o, al menos, sorprendente. No pido nada, ni reconocimiento ni ayuda excesiva, construyo brizna a brizna

—míseros sueldos, ropa de segunda mano, pisos compartidos, después uno para nosotros solos por fin, al principio una habitación, luego dos, conseguidas al mismo tiempo que los papeles en regla— nuestros muchos nidos hasta llegar al último, el de aquí, desde el que he permitido que alzaras un vuelo equivocado.

Tampoco digo que el recuerdo de allí me desgarra y que siempre tengo frío. Disimulo cada vez que tiemblo.

Y me imagino triunfando. Al cabo de un año o dos con empleos precarios, viviendo en alojamientos calamitosos, me contrata un enésimo patrón más preocupado que el resto por la legalidad, una mejor persona también, que me consigue, después de interminables trámites —en los que solo veo un eterno vaivén de formularios que rellenar—, un permiso de residencia, o lo que es lo mismo, el santo grial. Al principio experimento una especie de vergüenza al solicitar las ayudas a las que a partir de entonces tengo derecho oficialmente. Uno no desaprende de un día para otro la invisibilidad. Si no fuera por ti, yo me conformaría con arrastrarme hasta la desaparición. Pero estás ahí y sueño con que el día en que alces el vuelo nada te detenga. / Zo casi estaba en las escaleras, ¡espera!, dije, espera tía, no te vas a chupar cuatro pisos por esa zorrita, espera, quédate aquí, que nos vamos a reír. Se me acababa de ocurrir una idea muy tonta, en plan una visión. Me planté delante de los buzones y busqué el suyo mientras echaba la mano para atrás. Dame fuego, le dije a NabilA. Zo seguramente lo había pillado porque había venido y me había cogido por el hombro. Encontré el apellido de la Cindy. Cogí un papel del suelo y le acerqué el mechero. Miramos la llama un momento sin movernos pero empezaba a quemarme los dedos, así que lo metí en el buzón. Un aviso. De parte de las PrincesA, dijimos las tres a la vez antes de pirarnos.

ESTA EDICIÓN, SEGUNDA, DE FUEGO POR FUEGO, SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN MADRID EN LA IMPRENTA DE GRÁFICAS COFÁS, S.A. EN ENERO DE 2020

www.armaeniaeditorial.com